

PARTIDOS, ¿DE QUÉ?



En un sistema político gobernado en exclusiva por los partidos, no hay cuestión más importante, ni menos tratada, que la de saber si ellos pertenecen a la Sociedad o al Estado. La noción misma de partido reclama la inmediata referencia al todo del que forma parte. La rica variedad de sectores en que se divide la vida societaria, la gran diversidad de funciones que cumple la acción estatal, la condición de asociaciones voluntarias que tienen los partidos, determinan que éstos no puedan ser otra cosa que partes constitutivas de la dimensión política de la Sociedad o bien de la dimensión gobernante del Estado. No de ambas cosas a la vez. Pues sólo un partido totalitario quiere ser «la» parte directiva de la totalidad social gobernada por un Jefe que se alza sobre la Sociedad y se identifica con el Estado. El partido único es una gran contradicción terminológica y una aberración moral, pero en modo alguno un absurdo político. Pues bien, ¿de qué son partes los partidos actuales? ¿de una sociedad política que emerge voluntariamente de la sociedad civil para controlar la acción estatal, o de «la» sociedad estatal que necesariamente gobierna la sociedad civil? La cuestión está en saber si los rectores de los partidos son partes no exclusivas de la clase dirigente de una sociedad política abierta, o partes exclusivas de la clase gobernante de una sociedad estatal cerrada.

Antes de la Segunda Guerra Mundial los partidos eran partes de la sociedad política, con la misión de traducir y simplificar los ideales espirituales y los intereses materiales de la sociedad civil, para representarlos y elevarlos a la legislación y al gobierno del Estado. Esta doble función les obligaba a presentir, con una ideología global y un programa comprometedor, las reales aspiraciones políticas de la parte social representada mediante la diputación electoral. El coro de representantes personales del electorado, una vez elegido, se separaba de la sociedad política, que sólo lo había legitimado fraccionadamente, para poder ser, en el Estado, Legislador no partidista y Elector de un gobierno apoyado por la mayoría de diputados. El Parlamento era mediador entre la Sociedad y el Estado. Y además, el órgano de unión del Poder Legislativo con el Poder Ejecutivo, para impedir que el Gobierno tuviera legitimidad directa como en el presidencialismo. Era el esquema de un sistema liberal y no democrático.

De la hecatombe producida en Europa por los Estados de partido único surgió, como instrumento de la guerra fría, el Estado de varios partidos. Este tipo de Estado ha conservado lo peor del Estado parlamentario, la no separación de poderes, y suprimido lo mejor, la función representativa. En sustitución de ésta, los partidos asumieron la función integradora de sus votantes en la voluntad política del Estado. Para asegurarse el éxito en

esta misión estatal, los partidos adoptaron de consumo el sistema de escrutinio proporcional. Con él, dejaron de ser partes privadas de una sociedad política abierta y representativa de la sociedad civil, y se transformaron en órganos públicos de una sociedad estatal cerrada. En el Gobierno o en la oposición, los partidos se instalaron constitucionalmente en el Estado, con privilegios de Autoridades del Estado y pagados con fondos del Estado. Es decir, se constituyeron en partes estatales exclusivas de una clase gobernante, de una oligarquía de gobierno que al no ser representante de la sociedad civil, ni de la sociedad política, tampoco podía ser mediadora de ellas ante el Estado. En fin, los partidos actuales pertenecen al Estado. No a la Sociedad. Son, rigurosamente, partidos estatales. Partes constituyentes de la oligarquía gobernante que retiene el señorío del Estado. La Monarquía de Partidos no quiso ser liberal y no puede ser democrática. Aunque lo pregone sin cesar su propaganda.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

EL INTELLECTUAL IBÉRICO: SU CAINISMO

No creo que haya una realidad intelectual más insolidaria que la que ofrece nuestro país en la actualidad. Destrozada por un individualismo destructivo en que nuestros intelectuales entienden su promoción personal, su elevación a las cumbres, a base de ningunear a todos los demás, de crear la imagen de un vacío sobre el cual pretenden recortar su perfil solitario. ¿Cómo de otra manera explicar que más de uno de nuestros intelectuales, en sus comparecencias públicas allende nuestras fronteras, se dedique no a informar sobre nuestra cultura, sino a denostarla, proclamando su absoluta pobreza, de la cual él mismo sería eximia excepción? El compañero o compañera en el esfuerzo de escribir no representa sino un rival, a quien es preciso cubrir de sombras para que no robe la gloria personal.

En este aspecto somos un país tristemente excepcional. Indudablemente también en otros existe la rivalidad personal, el enfrentamiento incluso violento, pero, cuando algún extranjero pone en cuestión la importancia de la cultura nacional propia, los escritores forman piña para defenderla, en



Francia, en Italia, en cualquier país europeo. Y lo mismo he podido comprobar en Argentina o Méjico, donde se exalta la propia historia y se valorizan al máximo las aportaciones de quienes han contribuido a ella.

Algunas figuras del 98 como Unamuno, y también Machado, comentaron el cainismo de nuestra vida colectiva. Es, ciertamente, la envidia un fenómeno universal, pero, desgraciadamente, en nuestro país ha arraigado con singular vigor, hasta el punto de permitir hablar de la envidia hispánica como penoso y atenzador rasgo de nuestra sociedad. ¿Corresponde semejante tara a un primitivismo rural, hosco y desconfiado, basado en el sentimiento de penuria, de una escasez, en que hay que disputarse las migajas del parco alimento, trabajosamente arrancado? Lo cierto es que, hoy día, cuando nuestros dirigentes políticos hacen gala del desarrollo industrial obtenido, el fenómeno no sólo se mantiene sino que alcanza su mayor pujanza.

Si miramos hacia nuestro pasado podemos observar un clima bien distinto de la actual insolidaridad. Las figuras de la generación del 98 mantuvieron sus divergencias y sus disputas, pero se reconocían y trataban con consideración y respeto. Se aludían en sus escritos. Y ¿qué diremos de la generación del 27, de sus hermosas imágenes de convivencia, de diálogo, de tertulia? Es más, bajo la dictadura existían dos culturas enfrentadas, la oficial y la de la resistencia, y en esta última la solidaridad y apoyo eran imprescindibles, naturales, espontáneos. Todo este sentir y hacer desapareció, cuando murió el lobo. Y la esperada explosión cultural se convirtió en un ridículo petardo. Pero, esto sí, se organizó un aparato encarrilador de la vida cultural, tan eficiente, a efectos de lanzamiento y promoción como defectuoso y sectario en sus valoraciones.

No existe ninguna de las dos condiciones que una sana vida intelectual exige; la crítica objetiva y el diálogo. La primera de ellas ha sido devorada por un negocio que promociona a los amigos y equipos afines, mientras hunde en el silencio a los escritores ajenos. El valor de las obras desaparece. Y en el segundo aspecto ¿qué polémicas de fondo, de auténtico contenido, se han producido en estos años? Añadamos que el periodista encargado de la cultura en los medios de comunicación, muchas veces agobiado por la explotación de su trabajo, se deja guiar por estas falsas pistas, en lugar de esforzarse por indagar los verdaderos valores.

El escritor, a la vista de este panorama, fácilmente sucumbe. Escribe para premios previamente pactados, se gratifica al aparecer en las pantallas de televisión, gozando de efímera fama en que compete con folklóricos y folklóricos, con populares notarios por sus escándalos, y se integra según conveniencias fugaces y oportunistas en grupos de intereses cambiantes. Al final, en lugar de luchar contra esta situación, proclama el vacío universal como pedestal, de su alzamiento individual.

Carlos PARÍS

LOS DESAFÍOS DEL AVE

La mayoría absoluta tiene sus ventajas. Y la de demostrar magnanimidad y capacidad de diálogo no es la más importante, porque hay asuntos que, al final, muy difícilmente se pueden consensuar. Por eso hay departamentos donde la mayoría parlamentaria será decisiva, y ministros como Álvarez Cascos tendrán las cosas algo más fáciles.

Cuenta el espía JB que el ex vicepresidente del Gobierno y nuevo titular de Fomento ha encontrado sobre su mesa el problema del trazado del tren de alta velocidad a Valencia. Hay muchas propuestas (los planos han dibujado todas las posibles) pero ninguna que pueda convencer a todos los in-

teresados. Porque si el tren va lo más directamente posible entre Madrid y Valencia, malo para Alicante y malo para José Bono y su Comunidad manchega. Y si se opta por un trazado entre Madrid y Alicante (con ramales a otras localidades), aunque parezca más barato y con mayor futuro, el asunto resulta malo para Valencia.

Los amigos ferroviarios de Juan Bravo piensan que lo único que parece claro es que no parará en Cuenca que, al final, parece ser la candidata idónea para el sacrificio y quedar, como en el caso de la autovía, fuera del corredor Madrid-Mediterráneo.

Juan BRAVO



(1 DE MAYO, DÍA DEL TRABAJADOR)